

Carlos Yáñez Bravo

EL CENTENARIO DE DARWIN EN CHILE

EL 27 de diciembre de 1831 zarpó de Devonport el «bric» de la marina inglesa «Beagle», que iniciaba un viaje de estudio alrededor del mundo con el objeto de completar las observaciones geográficas que comenzó el capitán King de 1826 a 1830, en la Patagonia, Tierra del Fuego y Cabo de Hornos; para levantar los planos de las costas de Chile, del Perú y de algunas islas del Pacífico; y para hacer una serie de observaciones cronométricas de todo el mundo.

Gracias a la iniciativa del capitán Fitz-Roy, que deseaba llevar un naturalista en su expedición, el joven investigador Carlos Roberto Darwin, de 22 años de edad, se agregó al grupo de expedicionarios que durante cinco años estuvieron en todas las latitudes de la tierra, tratando de arrancarle sus secretos a la naturaleza.

La primera mitad del siglo XIX fué pródiga en expediciones científicas de gran trascendencia, siendo tal vez las más importantes las realizadas por el «Adventure», bajo la dirección del capitán King, que recorrió diversas partes del mundo durante cuatro años, y la del «Beagle» al mando del capitán Fitz-Roy, que duró desde 1831 hasta 1836.

La repercusión científica del viaje de Darwin ha

marcado una época en la evolución del pensamiento humano, ya que sólo desde ese tiempo se puede hablar de una doctrina completa que trata de explicar la evolución de las especies.

Sólo veintitrés años después de su vuelta a Inglaterra, en 1859, dió a conocer Darwin sus célebres doctrinas, en su conocida obra «El origen del hombre».

Todas sus observaciones sobre geología, botánica, zoología, etc., que hizo en su viaje alrededor del mundo han quedado, consignadas, aunque brevemente en su primera obra de carácter científico intitulada «Mi viaje alrededor del mundo».

En tal forma entusiasmó a Darwin este viaje, dadas sus condiciones únicas de observador sagaz y perseverante, que refiriéndose al provecho que se puede sacar de estas excursiones dice en su obra: «Me ha proporcionado tan grandes alegrías este viaje, que no dudo en recomendar a todos los naturalistas que viajen a todo trance y emprendan excursiones por tierra, si es posible, o si no, largas travesías».

Y debemos advertir que las «alegrías» de un naturalista están muy lejos de esas alegrías que supone la generalidad de los mortales, pues para un hombre de ciencia es una «alegría» incomparable el estudio de una nueva especie, una observación oportuna de un fenómeno geológico, o el encuentro de un fósil desconocido.

Después de pasar más o menos dos años en Argentina, donde conoció a Rosas, con quien se entrevistó en repetidas ocasiones y obtuvo de él toda clase de facilidades para sus excursiones, siguió viaje a Chile por el Estrecho de Magallanes y llegó al océano Pacífico el 10 de julio de 1834.

Es curioso observar que Darwin se formó un alto concepto de Rosas, llegando a asignarle un papel de verdadero redentor y civilizador del pueblo argentino.

El itinerario de Darwin por tierras chilenas fué el siguiente: termina la travesía del Estrecho el 10 de junio de 1834; de aquí se dirige directamente al Norte y llega a Valparaíso el 23 de julio del mismo año. El 10 de noviembre vuelve al sur y recorre detenidamente Chiloé, las islas Chonos y toda la región austral de nuestro país. El 20 de febrero de 1835 lo sorprende el terremoto de Concepción, del cual tiene en su libro páginas bastante pintorescas. El 11 de marzo vuelve nuevamente a Valparaíso e inicia una excursión por tierra, que dura 25 días, de la región de Aconcagua. El 8 de abril va a Santiago a lomo de mula, volviendo nuevamente a Valparaíso donde se encuentra su cuartel general. De aquí se dirige al norte, también por tierra, mientras el «Beagle» va a esperarlo a Caldera. El 14 de marzo de 1835 llega a Coquimbo, y el 22 de junio a Copiapó. El 3 de julio sale de este «villorrio» y va a Caldera para tomar el «Beagle» que lo lleva al Perú, encontrando a esta nación en plena revolución. El 12 de julio llega a Iquique y el 19 del mismo mes al Callao.

Las páginas de su libro que se refieren a nuestro país tienen un alto valor científico, el cual ya ha sido comentado en más de una ocasión por innumerables hombres de ciencia que se dedican a estos interesantes estudios.

Por nuestra parte vamos a seguir a Darwin, a través de sus excursiones por nuestro territorio, pero fijándonos más en la parte humana de sus anotaciones y en los aspectos pintorescos que se refieren a las modalidades de vida de nuestros antepasados y a la admiración que le produjo el clima maravilloso del país, su belleza, su naturaleza ubérrima y mil detalles que nos revelan el espíritu observador profundo del naturalista y del psicólogo.

En la Patagonia y Tierra del Fuego

Antes de entrar en materia vamos a extractar la opinión que le mereció a Darwin su visita a la Patagonia, «esa tierra maldita condenada a vivir sin futuro» como él dice.

«Todo aquí es llano—agrega—árido y desolado. La fauna de la Patagonia es tan limitada como su flora. En todo el paisaje no hay más que soledad y desolación; no se ve un solo árbol.»

Cuando recorre el sur nos dice: «Las llanuras gujarrosas, áridas, tienen siempre las mismas plantas desmedradas, y en todos los valles crecen los mismos matorrales espinosos. Por doquiera vemos los mismos pájaros, iguales insectos».

Refiriéndose a sus habitantes, los gigantes patagones, dice Darwin que acogen a los extranjeros con gran cordialidad, usan grandes abrigo de piel de guanaco y largos cabellos flotantes que los hacen verse más altos de lo que son en realidad. Se pintan la cara con rojo y negro. Tres de ellos que fueron a bordo «se conducen como grandes caballeros, pues saben servirse de los cuchillos, los tenedores y las cucharas».

Y he aquí una observación altamente interesante: «Mas que por armas de fuego les gustaba cambiar sus abrigo por hachas y herramientas de labranza».

¿No es verdad que este detalle es interesante en esos hombres rudos, y sin vestigios de civilización, ya que según el decir de mucha gente, deben llevar con más violencia en la sangre la ferocidad guerrera?

Pero también debemos advertir que los actuales habitantes de la Patagonia protestan airados contra la «leyenda» de Darwin, pues dicen que «ni la tierra es tan estéril, e inhospitalaria como la pintó el ilustre naturalista, ni sus habitantes de hace cien años eran

tan poco civilizados como para confundirlos con tribus salvajes».

En Tierra del Fuego, dice Darwin encontró algunas tribus de indígenas bastante curiosas. «Eran muy hospitalarios. Y es así como los jefes de cada tribu, para probarnos su amistad, nos acariciaban el pecho haciendo oír una especie de cloqueo como el que suele hacerse para llamar las gallinas».

Y agrega más adelante: «Di algunos pasos al lado del más viejo y repitió conmigo estas demostraciones amistosas a las que puso fin dándome al mismo tiempo en el pecho y en la espalda tres palmadas bastantes fuertes. Después se descubrió el pecho para que yo le devolviera el «cumplimiento» lo cual verifiqué con todas mis fuerzas, y pareció agradarle en extremo».

¿No serán estas también otras «leyendas» como aseguran los habitantes de la Patagonia moderna?

En Chile

En la mañana del 10 de junio entró el «Beagle» al océano Pacífico y los expedicionarios pudieron observar la costa occidental del continente que, en esa latitud en nada desmerecía por su desolación a la costa oriental.

Durante su travesía hacia el norte estudió detenidamente todos los fenómenos relativos al clima, a la acción de los hielos y a las producciones orgánicas de las islas antárticas.

Por último, después de 43 días de navegación ininterrumpida, llegó durante la noche del 23 de julio de 1834 a la bahía de Valparaíso.

A la mañana siguiente, al rayar el alba, Darwin salía a cubierta y, según lo consigna en su libro, no pudo dejar de exclamar: «¡Qué cambio! ¡Qué delicioso nos parece aquí todo! ¡Es tan transparente la

atmósfera! ¡Es el cielo tan azul! ¡Brilla el sol tanto! ¡Rebosa tanta vida la naturaleza!»

Al hacer la descripción de Valparaíso dice lo siguiente: «La ciudad está edificada al pie de una colina, bastante escarpada y de más de 1,600 pies (480 metros) de elevación; por consecuencia Valparaíso no es más que una calle larga paralela a la costa, pero por cada cortadura que se abre en los costados de la colina trepan las casas a uno y otro lado».

En esta ciudad encontró el naturalista un antiguo compañero de colegio, Mr. Richard Corfield, y gracias a su cariñosa ayuda, Darwin pudo organizar interesantes excursiones al interior.

Acerca de los alrededores de Valparaíso dice Darwin entre signos de admiración: «¡Qué admirable país para la marcha! ¡Qué esplendidez de flores! Si hasta las mismas breñas son aromáticas; sólo de pasar entre ellas se perfuman las ropas».

El 14 de agosto salió a caballo en dirección a Quillota, pasando por Quintero, «propiedad—dice—que perteneció a Lord Cochrane».

Si su admiración por el clima de Valparaíso y sus bellezas naturales fué inmensa, al llegar al valle de Quillota, levantó sus manos en alto para repetir a sus compañeros de viaje: «Este es el sitio más hermoso del mundo. ¡El que le dió al puerto el nombre de «Valle del Paraíso» (Valparaíso), debió pensar en Quillota».

Aquí tuvo ocasión de presenciar algunos rodeos, por los que se mostró bastante interesado.

Asciende el cerro de la Campana, recorre Petorca, San Felipe y Los Andes, observando con marcada predilección la vida de los campesinos.

Sus observaciones acerca del carácter del «huaso» chileno nos parecen bastante infundadas y muy lejos de la realidad, especialmente en lo que se refieren a su lealtad y bonhomía. Pero, en cambio, no nos llama

la atención aquello que dice acerca de las diferencias de clases sociales y separación de castas. He aquí sus palabras:

«Las gradaciones de rango son en Chile muy marcadas; el huaso no considera a todos los hombres como iguales suyos; y me ha sorprendido ver que a mis guías no les gustaba comer al mismo tiempo que yo. Este sentimiento de desigualdad es consecuencia necesaria de la existencia de una aristocracia del dinero, pues se dice que aquí hay grandes propietarios que tienen de 125 a 200,000 francos de renta anual.»

Tal vez en este sentido las observaciones de Darwin son más atinadas y precisas, pues nuestro «huaso» sigue siendo sumiso, apocado e insignificante ante el patrón.

También son dignas de anotarse las observaciones de Darwin acerca de la vida de los mineros de Chile.

«Me sorprende tanto la palidez de la mayor parte de los mineros que interrogo sobre esto a Mr. Nixon, dueño de la mina, quien no sabe explicarme la causa.»

En realidad los estudios sobre «la anemia de los mineros» o «anchilostomiasis» son bastante recientes.

Agrega más adelante: «La mina tiene 450 pies (135 metros) de profundidad y cada hombre sube a la superficie 200 libras (90 kilos) de piedras. Con esta carga al hombro tiene el minero que trepar por cortaduras hechas en troncos de árboles, dispuestos en zigzag en los pozos. Jóvenes de 18 a 20 años, desnudos de medio cuerpo arriba, suben así con esta enorme carga. A pesar de este rudo trabajo, se alimentan sólo de habas cocidas (frejoles) y pan. Ganan de 30 a 35 francos mensuales y no salen de la mina más que una vez cada tres semanas, y muy bien vigilados para que no vayan a llevar oro».

En realidad ese sueldo reducido para los pobres mineros de hace cien años no ha variado mucho en

relación con los ochenta centavos diarios que aun hoy día ganan muchos inquilinos de algunos grandes fundos del sur del país.

Y refiriéndose precisamente a la vida de los obreros agrícolas dice Darwin que su pobreza es extrema.

«Esta pobreza—explica—proviene en primer término del sistema feudal que preside el cultivo de las tierras: el propietario da al campesino un pedazo de tierra en el cual puede construir su casa y cultivarle; pero éste le da en cambio su trabajo personal o el de uno que lo reemplace durante toda su vida, y esto día por día y *sin jornal*.»

Este sistema de trabajo agrícola en el país no ha experimentado tampoco substanciales cambios, pues el inquilinaje actual, salvo muy raras excepciones, es tan pobre y miserable como el encontrado por Darwin hace cien años.

Chiloé y el sur de Chile

El 27 de septiembre vuelve nuevamente a Valparaíso, pero tiene que guardar cama durante un mes, hasta los últimos días de octubre, pues el cansancio producido por tan frecuentes como agotadores viajes a caballo o a lomo de mula, lo han agotado completamente.

El 10 de noviembre inicia su viaje al sur del país, en el «Beagle» que se hace a la mar al atardecer, mientras el horizonte se tiñe con la sangre del día que muere y los cerros se cubren con el velo violeta del crepúsculo dolorido...

El día 21 del mismo mes llega a la bahía de San Carlos, en ese tiempo capital de la isla de Chiloé, para iniciar inmediatamente el estudio de la isla «grande» y de las islas Chonos, las cuales recorren con todo detenimiento haciendo importantes observaciones del

modo de vivir de sus habitantes y de la fauna y flora de la región.

Es curioso observar en las memorias de Darwin que jamás tuvo que sufrir un asalto de merodeadores o bandidos que, según algunos historiadores, abundaban en la región sur del país. A este respecto dice Darwin en una de sus páginas: «Este país es el único de Sud América en que se puede viajar sin necesidad de llevar armas, pues pronto se hacen amistades».

¡Cómo se admiraría ahora Darwin de saber que a los chilenos se les hace aparecer en muchas partes del mundo como los sudamericanos más amigos de tomar lo ajeno!

Por las descripciones que hace el autor de «Mi viaje alrededor del mundo», de los indios de Chiloé y del sur de Chile, se infiere que no supo diferenciar completamente los «criollos» de los indígenas propiamente tales.

El terremoto de 1835

El 20 de febrero de 1835 le sorprende en Valdivia, el gran terremoto que en esa fecha asoló la región austral del país, llenándolo de admiración, pues nunca había tenido ocasión de observar de cerca un fenómeno de esta naturaleza.

Darwin hace de él la siguiente descripción:

«Hallábame yo en la costa y me había echado a la sombra en el monte para descansar un rato. El terremoto comenzó de repente y duró dos minutos, pero nos pareció mucho más largo, pues era tal la violencia, de las oscilaciones que era muy difícil sostenerse en pie. A mi casi me produjo mareo el movimiento que se parece mucho al de un buque entre olas cortas, o mejor dicho, como si se patinase en hielo muy blando que cediese al peso del cuerpo.»

En su visita a Concepción, que entonces estaba ubicado donde hoy está Penco, se encontró con que la ciudad había casi desaparecido, por los efectos del terremoto y del maremoto que a continuación sepultó las ruinas de la ciudad.

Igual aspecto de desolación dice que presentaba Talcahuano.

«Después de haber visto Concepción—dice en sus memorias—confieso que no puedo comprender cómo escapó a la catástrofe la mayor parte del vecindario, pues desde que salimos de Inglaterra no habíamos presenciado un aspecto tan profundamente conmovedor como éste.»

Pero una de las observaciones más singulares que estampa el sabio inglés en su libro y que se refiere a las costumbres de los «pillos» de esas ciudades en los momentos más terribles del siniestro, es la siguiente: «Los que habían podido salvar algo, tenían que vigilarlo sin cesar, porque los ladrones se reconocían entre ellos golpeándose el pecho con una mano y gritando «misericordia» a cada nuevo sacudimiento, y apoderándose con la otra de todo lo que veían».

El estudio científico que hace Darwin de este fenómeno es bien completo, pues hace referencias a la dirección de las oscilaciones, a los fenómenos volcánicos que lo precedieron, a sus consecuencias y a sus posibles causales.

Sus últimas excursiones

El 11 de marzo está nuevamente en Valparaíso y organiza una notable excursión a la cordillera, de la cual saca uno de los provechos más densos de su estadía en Chile. En esta oportunidad llega hasta Mendoza, pasando de ida por el Portillo y regresando por el paso de Uspallata. Este trayecto lo hace a lomo de mula, lo cual le da ocasión para admirar la

resistencia e inteligencia de estos animalitos, de las que deja constancia especial en las siguientes palabras:

«No se diría que un animal de aspecto tan delicado pudiese llevar cargas tan pesadas. La mula me ha parecido siempre un animal muy sorprendente. Un híbrido, que tiene más razón, más memoria, más alientos, más afecciones sociales, más potencia muscular, que vive más tiempo que sus padres; todo esto parece indicar que en este caso se ha sobrepuesto el arte a la naturaleza.»

Estas frecuentes exclamaciones de Darwin no nos producen ninguna admiración, pues en repetidas ocasiones, lo vemos, a través de sus relatos, apartar la mirada de la descripción de un antidiluviano o de un bicho cualquiera para extasiarse con una puesta de sol o admirar con arrobamiento el colorido maravilloso de las montañas o la vistosidad majestuosa del paisaje.

El 27 de abril de 1835 sale para Coquimbo, ciudad donde se encuentra con Mr. José Edwards, cuya hospitalidad recuerda con gran cariño. Este caballero lo llevó a visitar sus minas de plata de Arqueros, que en aquellos tiempos producían todos los años más de dos mil libras de plata, y ya estaban en decadencia.

En Coquimbo y La Serena estudió detenidamente las gradas que forma la costa, las cuales, según Lyell y B. Hall, han sido formadas por el mar durante la elevación sucesiva del suelo, explicación que también admite Darwin después de una serie de consideraciones.

Aquí también lo sorprendió una noche, mientras comía en casa de Mr. Edwards, un gran temblor de tierra que le sirvió para hacer curiosas observaciones psicológicas de los habitantes e importantes consideraciones sobre la formación geológica de la costa del Pacífico.

De Coquimbo salió el 2 de junio para Huasco, «celebre por sus sabrosas frutas secas», dice el naturalista. Visitó Carrizal, Sauce, Freirina y Vallenar (Ballenar, como él la escribe, pues asegura que ese nombre viene de «Ballenagh» villa de Irlanda, patria de los O'Higgins que bajo el dominio español «dió presidentes y gobernadores a Chile»).

El 22 de junio llega a Copiapó, ciudad cuyos habitantes le dan la impresión de ser individuos preocupados tan sólo de ganar dinero para marcharse lo más pronto posible, pues todos se ocupan principalmente de sus establecimientos mineros.

Esta misma impresión la han recibido todas las personas que aun hasta últimamente, visitan por primera vez las ciudades del norte de Chile, desde La Serena hasta Arica. Son muy pocas las familias arraigadas en esas tierras desde la época de la colonia.

En una excursión que realiza a la cordillera le llama poderosamente la atención el hecho de encontrar ruinas indias en pleno desierto y en los puntos más escarpados de la cordillera, lo cual hace pensar a Darwin que en esas regiones se ha efectuado un gran cambio de clima, o bien, que los incas tenían maravillosos canales de regadío que les permitían el cultivo de esas tierras, pues cavando en las ruinas se encontraban pedazos de telas, instrumentos de metales preciosos y espigas de trigo y de maíz.

El 29 de junio regresa a Copiapó después de visitar el Bramador o Colina Rugiente, que lo preocupó sobre manera; y por último se encamina al puerto en que lo espera el «Beagle» para hacerse a la mar tres días después con rumbo hacia Iquique, abandonando, pues el país el 12 de julio de 1835 al amanecer.

Tal ha sido, en breves palabras, el paso por Chile de uno de los más grandes naturalistas del mundo, cuyas doctrinas ahora desplazadas en el campo cien-

tífico, revolucionaron en ese tiempo las ideas e hicieron cambiar el rumbo de las ciencias y de las investigaciones del laboratorio.

Darwin tal vez no fué un genio, pero su talento creador tuvo como base incommovible la observación minuciosa de los hechos y de los fenómenos de la naturaleza; y sólo después de madurar bien por mucho tiempo y en silencio el significado de sus experimentaciones repetidas con incansable perseverancia, se atrevía a remontarse a la región de los grandes principios y de las leyes generales.

Siempre fué temeroso de una conclusión prematura, de ahí que las observaciones consignadas en su libro de viajes no vayan acompañadas de juicios definitivos acerca de los fenómenos que le cupo en suerte presenciar. Y tan sólo 23 años más tarde nos dió a conocer el resultado grandioso de su viaje, por medio de sus doctrinas evolucionistas que trataron de buscarle una explicación satisfactoria a la razón de existencia de la vida misma.

Su libro de memorias es ameno en grado sumo y está escrito con agilidad y entusiasmo, y por sobre sus observaciones de carácter científico sobresalen sus agudas críticas al estado social de los pueblos que visitó y sus interesantes consideraciones sobre la psicología de sus habitantes.

Por eso creemos que el libro de Darwin «Mi viaje alrededor del mundo» no perderá jamás su actualidad científica ni su alto valor narrativo.